

Recordar, compartir, aprender

## Sevilla

Adoración Moreno Tenor, 83 años

Ana Martín Rosa, 23 años

### CENICIENTA DE 15 AÑOS

*Con la edad de 15 años, Adoración, natural de una pequeña aldea llamada Jauja, aspiraba a todo lo que podía leer en los libros que conseguía. Con 83 años, recuerda aquella época con nostalgia y es consciente de que no pudo volar tan alto como sus alas aspiraban a hacerlo.*

Sentada en su hamaca, Adoración, una mujer luchadora de 83 años, recuerda su niñez de manera nostálgica. Especialmente llegan a su mente momentos de sus 15 años en los que se consideraba una feliz ‘Cenicienta’ del cuento de hadas en el que ella soñaba vivir. “Adoraba leer, ansiaba el momento en el que mi padre me traía algún libro para ir a leérselo a todas las vecinas, pues en mi pueblo casi todas las mujeres eran analfabetas”.

Mientras todas sus amigas cosían el ajuar o colchones de lana en un cuarto con sus madres, ella les leía libros como el de ‘La Tía Tula’, con el que conseguía amenizar las tardes eternas; pero ella idolatraba sobre todo los poemas, gracias a los cuales llegaba a sentir algo tan desconocido como el amor. “Porque en mi época de quinceañera tenía un pretendiente muy guapo que se llamaba Dionisio que ponía herraduras a los caballos. Él estaba enamorado de mí y yo, con la excusa de pasear a mi hermano Federico, conseguía verlo en la esquina para hablar con él. Nos hicimos novios, pero no podíamos ni tocarnos las manos. Había un campo de fútbol y allí nos íbamos a ver al Jauja contra el Valdelatosa, hasta que mi padre se enteró y me dijo que me iba a cortar las trenzas”.

Sin embargo Adoración contaba con el apoyo de su abuela María, a la que adoraba por encima de todas las cosas; estaba ciega y había perdido dos hijos en la guerra. Fue quien le enseñó a rezar el rosario y a veces dormía con ella, pues para Adoración era la persona más querida de su familia, puesto que su madre la tenía como criada para todo. Aunque tres hermanos suyos murieron, tenía otros siete a los que debía poner todos los días la comida, ya que su madre, quien la quitó del colegio con tan sólo 13 años, no se ocupaba de nada. “A las siete de la mañana ya estaba yo cuidando las cabras, las gallinas y los conejos, pues mi madre se encargaba de levantarme temprano para hacerlo. Luego, como no había agua corriente, iba al río con tinajas a por agua con mis amigas charlando”. Por la tarde, Adoración volvía a coger las tinajas para recoger el agua para beber; y no sólo para su casa, sino que también traía para toda la familia. Además cargaba con una canasta en la que llevaba la ropa que lavaba en una piedra del río. También trabajaba en las eras con sus tíos, paseándose en el trillo.

Con 15 años ‘Adora la de Pepe el Meico’, como la llamaban en su pueblo, ya sabía lo que era la guerra y era la encargada de leer las cartas que mandaban los que estaban luchando. A su padre se lo tuvieron que llevar a Herrera porque cuando acabó la guerra vinieron a buscarlo. Fusilaron a muchos conocidos y amigos, y el miedo se respiraba en las calles con los rojos y los nacionales. “Nosotros vivíamos bien porque teníamos campo y no nos faltaba de nada. Además, mi tío era alcalde y por eso en las raciones de pan con cartilla en vez de 10 piezas me daban 11”.

Recuerda que comían potaje de guijas y de cebada y tortitas. Por la noche no faltaba la leche de cabra y un plato de cocido. El pan lo adquiría en el estraperlo, una especie de mercado negro, donde también compraba el jabón y el café. Sin embargo, también veía como la gente se caía en las calles, porque todo era miseria. “Mis amigas pasaron mucho más, y yo tenía algo que ellas no podían tener y era la ilusión que me daba el leer, porque lo leía todo, hasta los folletos que traía el periódico”. Era evidente que Adoración, lectora empe-

